Apuesta ética por los valores colectivos

■ HIZO LO MÁS DIFÍCIL: CAMBIÓ de vida y cambió de nombre. Dejó atrás a un ingeniero llamado Rafael Múgica y se convirtió en un escritor que firmaba Gabriel Celaya. Siempre con su inseparable Amparo Gastón, fundó, a sus treinta y seis años, la colección de poesía Norte, que dirigió durante bastante tiempo.

La poesía esteticista y escapista que, muy floreada ella, se estilaba en los años de posguerra, le molestaba por lo hueca y repetitiva, como molestó a sus compañeros Victoriano Crémer o Blas de Otero.

La poesía de Celaya es eminentemente ética: muestra a un disconforme con la realidad política y social del país, a un duro crítico que desciende a los temas colectivos y cotidianos, que parecían intocables para las consignas literarias franquistas.

Muy pronto fueron bautizados él y sus compañeros con el apelativo de poetas sociales, etiqueta que, en parte, escondía o sustituía al nombre de poetas políticos, pero eso no era posible en aquel tiempo.

El yo sociólogo de Celaya responde a su creencia

en los valores colectivos es un nosotros, aunque se exprese en primera persona. Recuerda la postura de los regeneracionistas y noventaiochistas por su obsesión por España.

Cuando le conocí, a mediados de los cincuenta, ya había publicado un montón de libros. Por su casa madrileña de la calle Nieremberg pasaban poetas, periodistas, críticos literarios y también políticos en la clandestinidad. La afabilidad de Amparo y la ancha sonrisa de Gabriel siempre acogían al visitante, al amigo o al compañero, frente a un vaso de vino. Los recuerdo a los dos en el Congreso de Poesía de Formentor: parecían recién casados.

Luego, diez años más tarde o así, Celaya publicó sus "Poesías completas", pero a los que le conocíamos nos pareció que eran sólo momentáneamente completas. Y así ha sido: siguió publicando incansablemente: "Lírica de cámara", "Operaciones poéticas", "Cien poemas de amor" y otros muchos que aquí no tengo a mano.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO